

EL PARANA Y LOS PRIMEROS CRONISTAS

Pedro Mártir de Angleria, en los primeros tiempos de la época de los descubrimientos, pondera el caudal de los ríos de América.

“No faltará, talvez, dice en su “Segunda Década Oceánica”, quien se admire de que yo me haya admirado tanto, y se burle de mí diciendo: ¡Mira lo que cuenta como un portento, que hay en aquellas regiones ríos muy grandes!”; y después de recordar los más caudalosos de otras partes del mundo, afirma que los de América, son todavía mayores (I, II, 192).

Dos hipótesis expone Pedro Mártir sobre la formación de los ríos: que la fuerza y empuje del mar les haga volver desde su desembocadura en el océano hasta sus primitivas fuentes por ciertas hendeduras subterráneas; o que se formen por el aire que se convierte en el agua que se “destila” en los “antros” de las montañas.

“Yo mismo he visto en España, dice, que de muchas grutas caía gota a gota lluvia perpétua, y que las aguas así reunidas formaban arroyos por las laderas de los collados, y con ellos se regaban los viñedos plantados en la pendiente, olivares y frutales de toda especie”.

Pero, frente a los ríos caudalosos del Nuevo Mundo, se resiste a aceptar esta peregrina teoría.

“Así, pues, dice, confieso que en alguna parte pueden formarse fuentes del goteo de los antros por la conversión

del aire absorbido entre las cavidades de las rocas pendientes. Sino que me figuro que la naturaleza no cuidó de criar por medio de esta tenue industria, semejantes aluviones de agua" (I, II, 190).

Pero del río Paraná solo tuvo Pedro Mártir, una indirecta y breve noticia.

En su obra, se refiere rápidamente a la muerte de Solís en las orillas del río de la Plata, y sólo dice, de la expedición de Caboto, que hay esperanzas fundadas de que llegue a las Malucas por la vía del Estrecho, en menos tiempo y con más provecho que Magallanes, por que cuando Angleria escribe, Caboto aún está en los preparativos de su viaje. Sin embargo, los sobrevivientes de Magallanes que llegaron a España con Elcano, después de dar la vuelta al mundo, ya le habían ponderado el río donde había muerto Solís.

"Cuentan maravillas de la anchura de este río", escribe Pedro Mártir; y luego agrega: "Hasta veinte leguas dicen que subieron río arriba, y que allí tiene de ancho diecisiete leguas, y que su desembocadura, sin que en el viaje vieran desaguar en él río alguno, es inmensamente ancha, y que en el mar se bebe agua dulce en muy largo trecho" (I, III, 315).

Fueron, sin duda, Alonso de Santa Cruz y Luis Ramírez, que vinieron en la expedición de Sebastián Caboto, y luego el portugués Pero López de Sousa, los primeros que describieron el Paraná, como una de las maravillas del mundo, elogiando sus aguas, sus pescados, sus islas, la tierra que baña y que se extiende en fértiles y dilatadas llanuras, y el aire saludable que en ella se respira.

Una "Descripción anónima con varias noticias del Río de la Plata", cuya copia, obtenida en Sevilla, se conserva en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, dice que la comarca de Sancti Spiritus, es decir, la que hoy pertenece a la provincia de Santa Fe, es tierra "muy aparejada" para criar y multiplicar en ella las haciendas, porque es "tierra sana" y "toda rasa", con "dehesas de ymensa grandeza llenas de mucha yerba", donde medrarían los ganados hasta

hacer que “en diez años, dice, su multiplicación hincha toda aquella tierra” (2, 467).

El mismo Caboto había proclamado la extraordinaria fertilidad de estas comarcas.

En la “Información hecha por la Contratación, luego que llegó la Armada de Sebastián Caboto, acerca de todo lo ocurrido en el viaje”, fechada en Sevilla el 28 de julio de 1530, después de interrogar a Caboto sobre los motines ocurridos durante la expedición, y de pedirle noticias de los ahorcados, desorejados y desterrados, que dejó su justicia, le preguntan, también, si “se da en la dicha tierra, trigo e cevada”, y Caboto responde que él sembró trigo y que en un año recogió dos cosechas (2, 679).

Paraná, fué el nombre que los indígenas dieron al río hasta su desembocadura en el Atlántico, pero desde los tiempos de Caboto, comenzó a llamarse también, Río de la Plata, en toda su extensión. Sin embargo, el nombre indio se conservó hasta el Delta y el de Río de la Plata, sólo se dió a su desembocadura.

Dice el P. Pedro Lozano S. J., en su “Descripción Geográfica del Gran Chaco Gualamba”, que las aguas del Paraná, tienen la oculta virtud, “a manera del Sílago”, de convertir los árboles en piedra: “y se ve muchas veces, escribe, una parte del tronco que baña el agua, hecho piedra, quedando la otra leño” (5, 36).

Pero el río Paraná, que para el Oidor Matienzo, era “el mayor que se ha visto en el mundo y más hondable”, como dice en su “Gobierno del Perú” (6, 191); fué también el más grave problema que se le planteó a España durante la Colonia.

“Postigo abierto”, le llama una carta anónima atribuída a Barco de Centenera y escrita al Rey desde las Provincias del Río de la Plata, alrededor del año 1578. Y fué, pre-

cisamente, ese "postigo abierto" que describen los primeros cronistas, como uno de los más extraordinarios y peregrinos motivos de estudio de la Cosmografía, el que desbarató para siempre, la política de aislamiento con que España pretendió dominar a todas sus colonias de América.

FRANCISCO ANTONIO PIGAFETTA

Pigafetta, el cronista de la expedición de Magallanes, pocas palabras dedica al que ahora llamamos Río de la Plata.

Después de haber pasado varios días en la costa del Brasil, la expedición de Magallanes emprende nuevamente el viaje con rumbo hacia el sur en busca del paso que comunicara los dos océanos, y se encuentran, dice Pigafetta, "con un gran río de agua dulce (11, 50).

"Antes se creía, agrega, que no era un río sino un canal por el cual se pasaba al mar del Sur; pero pronto se supo que no era más que un río que tiene diez y siete leguas de ancho en su desembocadura. Aquí es donde Juan de Solís, que como nosotros iba al descubrimiento de tierras nuevas, fué comido por los caníbales, de los cuales se había fiado demasiado, con sesenta hombres de su tripulación" (11, 51).

La flota de Magallanes no remontó el Paraná, pero sus tripulantes pudieron ver cómo los indios del río de la Plata, a los que Pigafetta les atribuye prácticas de antropofagia, huían a esconderse en el interior del país, llevando consigo todos "sus efectos".

"Por no perder la ocasión de hablarles y de verles de cerca, dice, saltamos a tierra cien hombres y les perseguimos para capturar algunos; pero daban tan enormes zancadas, que ni corriendo ni aún saltando pudimos llegar a alcanzarlos" (11, 50).

DIEGO GARCÍA

Dice Eduardo Madero en su "Historia del Puerto de Buenos Aires", que Diego García, vecino de Moguer, había

sido maestro de una de las carabelas de Solís; que había acompañado después a Magallanes en su expedición a través del Estrecho y regresado a España con los sobrevivientes que acaudillaba Sebastián Elcano; y que por último, el 14 de agosto de 1525, había celebrado una capitulación para emprender un viaje con rumbo a las Molucas, siguiendo el mismo derrotero de Magallanes.

Sin embargo, "Diego García, dice Enrique de Gandia en su "Historia del Gran Chaco" no acompañó a Magallanes, como supone Madero, confundiendo a un Diego García de Trigueros, marinero en 1522, que no sabía leer, con el Diego García de Moguer que en 1524 era Capitán general" (3, 79).

J. T. Medina, en "Los viajes de Diego García de Moguer", dice que Diego García "acompañó a Juan Díaz de Solís en su viaje de descubrimiento al Río de la Plata y al que allí fué más tarde como Capitán general" (9, 8).

Cuando Solís murió a mano de los indios, Diego García tomó el mando de una de las carabelas que regresaron a España. Los testigos que declaran en una "Información" que el mismo García levantara en Sevilla en agosto de 1530, citada por Medina, afirman que Diego García había venido con Solís a descubrir estas tierras (9, 24).

Un documento fechado en Evora XXVII de julio de 1524 firmado por Juan de Cúñiga, embajador español en Portugal, y transcrito por Medina en su obra citada, parece referirse, según el mismo Medina, a un viaje que debió hacer Diego García al Río de la Plata, después del que hizo con Solís y antes del que emprendió en la misma época del de Caboto, con quien se encontró en el Paraná (9, 36).

El navegante al que se refiere el documento citado, dice que después de zarpar de la costa del Brasil, como a 350 leguas más adelante, halló "un río de agua dulce, maravilloso de anchura de catorce leguas, y que subió por el río doce leguas y vió muy hermosos campos a todas partes, y que surgió allí y que tomó lengua de la tierra" (9, 39).

Encuentra siempre el río profundo y navegable; platica con los indios que viven en sus inmediaciones y de quienes toma noticias sobre la distancia de les separa de las sierras donde se encuentra el oro y la plata; admira las “ovejas monteras” y los “muchos ciervos”; las aves innumerables; los “infinitos avestruces”; “las perdices muy grandes”; y del pescado del río, dice que es tanto, “que en echando la cuerda o red”, sale llena y que así ha pescado “muchos solloos mayores y mejores que los de acá, y salmonetes y otros pescados en abundancia, y que salieron a vuelta dos lampreas” (9, 40).

Diego García elevó un memorial al Consejo de Indias en una fecha que Medina establece entre 1522 y 1525, y posteriormente otro donde pide que se le armen las carabelas necesarias para ir a descubrir la Mar del Sur por el Estrecho de Magallanes siguiendo desde ahí la costa del continente hacia el norte en una extensión de cuatrocientas leguas y en un ancho de cincuenta de este a oeste, al mismo tiempo que recuerda a los miembros del Consejo, para demostrar su pericia en estas empresas, que él había traído muestras de plata en un viaje que anteriormente había hecho al río de Solís.

Sin embargo, parece que no se prestó atención a sus planes. “Quizás era buen marinero, dice Medina, pero su falta de relaciones con gente que pudiera concurrir con sus dineros a la empresa, hicieron mirar su propuesta como meramente ilusoria” (9, 50).

Pero Diego García no se desanima. Tiene puestas todas sus esperanzas en el río dulce, maravilloso y trágico, que echaba sus aguas en el mar, más al sur de la costa del Brasil, y en vez de buscar armadores y socios que le costeen una expedición a otras tierras desconocidas, los procura para volver al Río de la Plata y firma la capitulación que Carlos V aprueba por Real Cédula dada en Toledo el 24 de noviembre de 1525.

Diego García zarpa con su armada el 15 de agosto de 1527 y vuelve así a navegar por aguas del Paraná, donde,

más al norte de la desembocadura del Carcarañá, se encuentra con Caboto. A su regreso a España, en el más definitivo y trágico fracaso de sus planes, escribe su famosa "Memoria".

F. A. de Varnhagen, copió el manuscrito en el Archivo de Indias, donde, dice, "existe mais extragado de que estava no tempo de Muñoz, de cuya copia, agrega, tomada ainda en Simancas, no fin do século pasado nos valemos para inteirar o documento com as syllabas que vão em grifo" (13, 6).

Varnhagen, publicó la "Memoria" con la advertencia anteriormente transcrita, el 14 de diciembre de 1851 en Río de Janeiro, en la "Revista do Instituto Histórico é Geográfico".

Posteriormente, publican también la "Memoria", J. T. Medina como apéndice VI de su citada obra; Eduardo Madero, como apéndice nº 9 de su "Historia del Puerto de Buenos Aires"; y el P. Guillermo Furlong S. J., en el tomo VII de la "Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología" de Montevideo en el año 1933.

De este trabajo, que será reeditado por el Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales de Santa Fe, ha dicho José Torre Revello: "por la forma como ha sido publicado ese documento básico de la época de los grandes descubrimientos en este suelo, lo considero un modelo digno de hacerse destacar, por tratarse del trabajo más perfecto — dentro de lo posible y humano— que haya dado a la imprenta, un estudioso argentino".

Diego García en su "Memoria", además de referirse a su encuentro con Caboto en el Paraná, recuerda algunas islas o lugares de la costa donde encontraron buen alimento o surgidero, los indios que habitaban esos lugares, y las tor-

mentas o “gurupadas”, como él las llama, que les ponían en el riesgo de naufragar.

Al aproximarse a la desembocadura del Río de la Plata, frente al Cabo de Santa María, hacen puerto en una isla “que es grande pesquería”, donde aguardan durante ocho días, al bergantín que venía detrás; y “dentro del cabo hacia el río”, dice, descubren una isla que llaman de las Palmas, que es buen puerto para las naves que hagan el viaje hacia el Estrecho, “porque de allí adentro, agrega, es la tierra baxa e no hay lugar para que nao entre dentro sin mucho riesgo” (4, 416).

Toda esta región estaba deshabitada: “en toda esta costa, escribe, no parece indio ni alrededor del cabo mas de luego, hay adelante una generación que se llama los charrúas” (4, 416).

De los charrúas dice que “no comen carne humana” y que solo se alimentan de la caza y de la pesca: “questos no comen carne humana, mantiénense de pescado e caza, de otra cosa no comen” (4, 416).

Siguen río adentro y dan en la isla de las Piedras, que Madero ubica en el “archipiélago frente a la Colonia”. Cazán en gran cantidad lobos marinos; en busca de alimento van hasta el río de los Patos; construyen un astillero, el primero, según Madero, que se levanta en el Río de la Plata y que, según sus deducciones, debió establecerse en la isla de San Gabriel; llegan hasta la desembocadura del río Uruguay, “ques donde se juntan todos los ríos”, dice, que forman el Río de la Plata y que tiene, según sus cálculos “treinta leguas de boca”. A las veinticinco leguas de navegación por el Río de la Plata, que según el mismo Madero, llegan a la confluencia del Guazú con el Paraná de las Palmas, se encuentran con unas naves de la expedición de Caboto.

Junto con estos barcos que estaban al mando de Antón de Grajeda, dice García que andaban “ciertas canoas de indios”, mientras tanto, Caboto, según la carta que había escrito a Grajeda, los diezmaba despiadadamente aguas arriba del Paraná: “dionos nuevas de su Capitán General, dice Gar-

cía, é como aquel día avia visto una carta suya en la cual avisava como avia muerto mas de 400 indios e que iba con gran victoria por el río arriba haciendo guerra a los indios" (4, 417).

Las tormentas ponen en peligro la nao de García: "la nao... estava en grant peligro, dice, de las gurupadas que en aquel tiempo ay en aquel río"; pero García, que es un marino experto y que conoce ya estas regiones, "sube el camino del rio del Paraná"; llega hasta el fuerte de Sancti Spiritus fundado por Caboto, sin encontrar en todo el camino recorrido, tribus indígenas, "por que, dice, no ivamos por donde ellos estaban", y desde allí, un viernes Santo, partió "por la mañana executando mis descubrimientos, agrega, por el río arriba", por donde andaba Caboto, según le informara el capitán Gregorio Caro, que estaba a cargo del fuerte. Diego García, anota con jactancia, que la distancia que Caboto había recorrido en cinco meses, él la había recorrido en veintisiete días: "anduve yo en mis vergantines por el río arriba, dice, a descubrir tanto quanto anduvo Sebastián Caboto en cinco meses que el havia partido desta casa suya que él llamava fortaleza" (4, 418).

Diego García, navegando el Paraná hacia el norte, se encuentra por fin con Caboto que había andado con su gente padeciendo hambres entre las islas y que, cuando los indios amigos le avisaron que venían ciertos barcos, río arriba, había salido a su encuentro, desde los dominios del cacique Yaguaron, en el actual pueblo de Itatí.

Los hombres de Caboto, ponderan el hambre que pasaron en esta exploración del Paraná. Dice José Torre Revello en "El catalán Miguel de Rifos, compañero de Sebastián Caboto", citando una constancia del "Pleito seguido por Catalina Vázquez y sus hijos, vecinos de Sevilla, contra el Capitán Sebastián Caboto, piloto mayor de Su Majestad, de la propia vecindad, sobre la acusación que injustamente le hizo. Año 1530", que "a tanto llegó la desesperación de los tripulantes por los sufrimientos que pasaron", que según refiere

el marinero Luis de León, “deseaban todos la muerte más que la vida, por que este testigo ge la oyó demandar a Dios a muchos dellos por no pasar el trabajo é hambre que pasaban” (17, 33).

Diego García, en cambio, no menciona estos contratiempos, como si por su anterior conocimiento del río, hubiera estado libre de ellos. Solo anota que en el Paraná, hay muchas islas y arboledas y muchas generaciones de indios de las que dá su nombre y ubicación, las relaciones que entre ellas mantienen y el alimento que consumen: “en todo este descubrimiento que descubrimos, dice, vimos muchas islas, é arboledas é muchas generaciones” (4, 418). Y después de referirse a los charrúas, guaraníes, chanaes, querandíes, timbúes, mocoretaes, mepenes, agaces y chandules, agrega: “y estas generaciones dan nuevas deste Paraguay que en el hay mucho oro é plata é grandes riquezas é piedras preciosas...” (4, 419).

Pero García, no solo recoge la información que le dan las tribus indígenas del Paraná sobre la existencia de esas riquezas, sino que lleva también, una muestra de plata: “esta señal de plata, dice que yo he traído...” (4, 419). La “señal de plata” a que se refiere, la hubo de uno de los hombres de la expedición que había realizado a estas regiones, antes de Caboto, y que había quedado en ellas: “un hombre de los myos, dice, que dexé la otra vez que descubrí este río abrá quinze años, de una carabela que se nos perdió” (4, 419).

LUIS RAMÍREZ

Luis Ramírez viene con la expedición de Sebastián Caboto, y después de la destrucción de Sancti Spiritus, escribe a sus parientes de España una carta fechada el 10 de julio de 1528 en el Puerto de San Salvador, situado en las inmediaciones de la desembocadura del río Negro, de la actual República del Uruguay.

Comienza su carta refiriéndose a las penurias pasadas en sus andanzas, pero, dice, que ya están muy hechos a ellas y muy alegres, con “el muy buen fin” que esperan.

Nunca se ha sentido tan bien, como se siente ahora en estas tierras: “estoi muy bueno de salud, mejor que nunca estuve”, dice; y luego advierte a sus parientes, que todo lo bien que oigan decir de estas tierras, deben creerlo, por que nunca se podrá decir tanto, como lo es en realidad: “a todo lo que vras. mds. oyeren de la bondad de la tierra, dice, pueden dar entero crédito por que yo les çertifico no pueden dezir tanto como hes y por nuestros mismos ojos avemos visto” (12, 389).

Las primeras noticias sobre el Paraná

La primera noticia concreta que tienen del Paraná, los hombres de Caboto, según Luis Ramírez, es la que le dan en la actual isla de Santa Catalina, los sobrevivientes de la expedición de Solís y unos náufragos de la Armada de Loaysa.

Los compañeros de Solís, que llevaban en la tierra, “más de treze o catorze años”, dice Ramírez, llegaron hasta Caboto a darle la noticia de “la gran Riqueza que en aquel Río donde mataron a su capitán avia”, y se ofrecieron a guiarles y a cargar “las naos de oro y plata” (12, 393).

Para hacer esta expedición debían entrar por el actual Río de la Plata o río de Solís, como también le llamaban entonces los españoles, y subir por el Paraná, río caudalosisimo, dice, que desemboca en el Río de la Plata por veintidós bocas: “entrando por el río de Solís, escribe Luis Ramírez, yríamos a dar en un río que llaman paraná el cual es muy cabdalosisimo y entra dentro de este de Solís con beynte y dos bocas” (12, 393).

Las primeras observaciones directas sobre el río

Las primeras observaciones directas que hace Luis Ramírez sobre el Río de la Plata, se refieren a su caudal de

agua; a su anchura; a su peligrosa navegación por los bajos, y por lo difícil que es encontrar "la canal" del río; por el agua que "se altera" con poco viento; y sobre todo por la falta de abrigo para resguardarse de las grandes tormentas que se levantan.

"Este Río, dice, es muy cabdaloso tiene de boca XXV leguas largas en este Río pasamos, muchos. trabajos. y peligros. así por no saver la canal. como. aver muchos bajos en el y andar muy alterado con poco viento quanto mas. que se levantan en el grandes tormentas. y tiene. muy. poco. abrigo. digo. de verdad a vna md. que en todo el biage no pasamos tantos trabajos ni peligros como. en. cinquenta leguas que subimos por el. asta llegar a un puerto de tierra firme que se puso. nombre. San lazaro" (12, 396).

En este puerto de San Lázaro, que Madero ubica en la actual Punta Gorda en la entrada del Uruguay, llega otro sobreviviente de la expedición de Solís, Francisco del Puerto, quien les advierte que "las naos no podian pasar. por el paraná adentro. a cabsa de los muchos baxos que avia" (12, 397).

Las tormentas

Antes de abandonar el puerto de San Lázaro para seguir la expedición aguas arriba, soportaron una tormenta que describe en los términos siguientes: "Se levantó vn. tiempo. tan. espantoso. que avn los questabamos en tierra pensamos. perezzer pasaron las. naos. mucho peligro y la vna dellas. vbo. de cortar el mastel prencipal para la salvación de la dha nao. y fue este tiempo tan temeroso. que tomo la galeota questaba en el agua. con dos. amarras y la quebro y en peso como si fuera vna cosa muy libiana la saca del agua y la hecha en tierra mas de vn tiro de herron. de manera que para la tornar. al. agua. hubos menester. ingenios" (12, 398).

Otra tormenta que le sorprendió mientras navegaba en

una canoa donde iba acompañado de unos indios, le hizo buscar refugio en una isla "questaba en mitad del Río", escribe, y que, quizás, como supone Madero, fuera la isla de Martín García: "en el camino se levantó vn tiempo, dice, que nos tomó de noche. en la mitad del Rio de manera que yo hube de echar al Rio quanta Ropa llevaba. y los yndios sus pellejos y apartamos a vna ysla questaba en mitad del Rio la canoa lleno de agua que fue. el mayor misterio del mundo. escapar" La tormenta les hizo permanecer en esta isla "desde domingo asta miercoles" en que cesó el viento y se amansaron las aguas.

Uno de los hombres de la expedición de Don Pedro de Mendoza, Francisco de Villalta, dice en una carta fechada en Asunción el 22 de junio de 1556, refiriéndose a las tormentas del Paraná, que "eran tan abominables y malos los tiempos que en esta tierra hacia que visiblemente parecia que en los aires hablaban los Demonios (18, 309).

Los pescados

Dice Luis Ramírez, que cuando se les acabó el alimento que trajeron de España, se sustentaron con cardos, y con el producto de la caza y de la pesca, que comían en gran abundancia, "a bentregadas", dice, y luego agrega: "el pescado desta tierra es mucho y muy bueno, es tal y tan sano qual nunca los ombres bieron que con benir, todos o los mas enfermos y ynchados de dibersas maneras de enfermedades. con tener dieta con pescado y agua. asta artar. en menos de dos. meses que allí llegamos estabamos todos, tan buenos y tan frescos. como cuando salimos despaña y mientras en esta tierra abemos. estado. no adolecido. ninguno. de nosotros" (12, 400).

Sobre el procedimiento empleado por los indios que viven en las orillas del Paraná para procurarse el pescado dice: "ques vna cosa no crehedera su arte de pescar", y que

el pescado era su principal alimento “por que ay tanto en el rio” (12, 405).

Según Luis Ramírez, cuando el río “estaba bajo”, los indios empleaban redes, pero en las épocas de crecientes, como las aguas se desbordan y aniegan las islas y los lugares bajos de la costa, pescaban con flechas: “quando el Rio está baxo, dice, con red. mas quando está crecido que a cavsa de se meter el pescado en los yerbazales no se pueden aprovechar de la Red, matanlo a la frecha y esto en arta cantidad” (12, 405).

Las islas

“Este Rio aze en medio, muchas yslas, tantas que no se pueden contar”, dice Luis Ramírez; y agrega que en la época en que remontando el Paraná, sufrieron escasez de pescado, iban de isla en isla en busca de alimento: “hibamos de ysla en ysla pasando mucho trabajo, dice, buscando yerbas y esta de todo jénero. que no mirabamos Si eran buenas o malas”; y agrega que en algunas de esas islas del Paraná encontraban caza tan abundante que podían “enchir los nauios” (12, 402).

Las calmas y los vientos contrarios

La navegación aguas arriba del Paraná, se entorpecía por los vientos contrarios y por los días de calma. En varios pasajes de su carta Luis Ramírez se refiere a estos contratiempos y a las maniobras que debían realizar para aprovechar los vientos favorables: “por tener el biento bueno no paramos mas”, dice, porque en los días de calma o de viento norte, el viaje aguas arriba era tan penoso, que en un día de navegación, toando y sirgando, apenas recorrían una legua y a veces solo media. “Con esta tan fiera pasión, dice, estubimos parados. algunos días sin yr adelante por no aver

tiempo por que no andabamos sino vna legua. o media legua cada día a toas. con mucho trabaxo" (12, 403).

La navegación aguas arriba se hacía más penosa, no solo por el impulso de la corriente que había que vencer en sentido contrario, sino también, porque como dice el mismo Luis Ramírez, "segun el Rio aze las bueltas", no se puede, en ciertos lugares, utilizar los vientos: "le pueden seruir ningun biento, dice, sino solamente para caminar dos. o tres leguas por él". En estos parajes era necesario valerse de los remos o de la "toa" o sirga: "por fuerza es menester a Remo o a toas doblar las dichas bueltas", dice; por eso agrega: "ansi fuimos al Rio arRiba vnas bezes con biento. otras bezes con toas" (12, 405).

El régimen de los vientos en el Paraná, fué el principal motivo de preocupación de sus exploradores. Cuando Irala destruye la ciudad de Buenos Aires fundada por Don Pedro de Mendoza, deja una "Relación" indicando la ruta que deben seguir los que lleguen a estas regiones y quieran remontar el río hasta el Paraguay, donde les espera y entre otras instrucciones, dice: "los tiempos mas dispuestos para yr Arriba e q. contynan mas los vientos estan desde mediado março hasta mediado mayo. travajen en partyr en tiempo q. puedan llegar alla hasta mediado Jullio porque les ser- vyra mas la vela que en otro tiempo segund lo q. avemos visto" (5, 395).

Luis Ramírez se refiere en otro pasaje de su carta a las calmas o a los días de viento norte que dificultaban la navegación aguas arriba: "E asi estuvimos con este tiempo. algunos dias. surtos por no azernos tiempo para el viaje que llebábamos. e a las bezes. andando a toas" (12, 402).

La anchura del río y la calidad del agua

Cuando los hombres de la expedición de Caboto, entre los cuales va Luis Ramírez, remontan el Paraná, desde el fuerte de Sancti Spíritus, observan la anchura del río: "an-

si caminamos por este Rio, dice, el qual tiene. de anchura doze leguas e catorze e por lo mas angosto. cinco leguas'' (12, 402).

Madero anota este pasaje y supone que la observación de Luis Ramírez fué hecha a la altura de las islas de Feliciano, que es uno de los parajes, dice, en que el Paraná es más ancho; aunque no tanto como dice Ramírez'' (12, 402).

En cuanto a la calidad del agua, dice que es la mejor y más sana que se pueda imaginar: "de muy buen agua, escribe, dulce. la mejor y mas sana que se pueda pensar'' (12, 402).

ALONSO DE SANTA CRUZ

Alonso de Santa Cruz, hijo de Francisco de Santa Cruz, alcalde los alcáceres de Sevilla, según su propia declaración asentada en la "Información hecha por la Contratación, luego que llegó la Armada de Sebastián Caboto, acerca de todo lo ocurrido en el Viaje'', en 28 de julio de 1530, fué el cosmógrafo de esta expedición.

Dice el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, que deben tomarse como ciertas las noticias que dió Alonso de Santa Cruz sobre su expedición a lo largo del Paraná en compañía de Caboto, "por que demas de ser persona de confianza e hijodalgo, es doto, cursado é parcial amigo desta ciencia é geographia'' (10, II, 172).

Santa Cruz escribió su famoso "Yslario General de todas las islas del mundo dirigido a la S. C. R. M. del rey don Phelipe nuestro señor'' siendo su cosmógrafo real, donde reúne alguna información sobre el Paraná.

Noticias sobre el río

Dice Santa Cruz, que es uno de los más grandes y mejores ríos del mundo, y según los datos recogidos entre los

indígenas que poblaban esas comarcas, sus fuentes estaban situadas en remotísimas regiones y muy distantes de su desembocadura, y que el río de la Plata, está formado por el río “*Uruguay*”, que tiene muchas islas deshabitadas y pequeñas y por el Paraná, que quiere decir “más grande”.

A la anchura del río de la Plata en su desembocadura, la calcula en treinta leguas y a la del río Paraná entre siete, cinco y tres leguas, mientras que la del Uruguay no pasa, según sus cálculos, de una o una y media.

Dice Santa Cruz en su “*Islario*”, que “es este rio uno de los mayores y mejores del mundo, y segun la ynformación de los yndios viene de muy lexos aunque por lo que vimos lo podemos afirmar porque de boca tiene treynta leguas y se va disminuyendo hasta quatorze; entran en este rio muchos otros y entre ellos uno muy grande dicho Uruguay el qual tiene muchas yslas aunque deshabitadas y pequeñas por que el rio principal que los yndios llaman Paraná, que quiere dezir mas grande, tiene las yslas mucho mayores por que las ay de a tres y quatro y seis y doze leguas de largo y dos y tres y mas de ancho; algunas tienen el nombre de los mayoresales e yndios que syembran en ellas; tiene el rio Paraná de ancho hasta siete y cinco y tres leguas, y el Uruguay dos y una y media está la boca desde rio de la Plata desde treynta e cinco e treynta e siete grados, pero pasadas cien leguas del torna a volver al norte por mas de dozientas de las cuales nosotros subimos por él mas de las ciento y tovimos lengua que avia mas de otras tantas hasta su origen” (15, 722).

Las islas

Sobre las islas del Paraná anota las observaciones siguientes:

1º - Son islas bajas, que se inundan fácilmente en las crecientes anuales del río y que por este motivo están casi siempre deshabitadas: “las mas despobladas por ser baxas”, di-

ce, y luego agrega: "cada año cubrenlas el rio en las avenidas que trae" (15, 721).

2º - Los indios las ocupaban generalmente en el verano: "los veranos algunas destas se habitan" (15, 121).

3º - Los indios les dan el nombre de sus caciques: "Algunas tienen nombres de los mayores" (15, 722).

4º - Las tribus que las pueblan, tienen en ellas sus sembrados: "las sementeras que en ellas tienen los yndios", dice, y luego agrega que tienen "mucho maíz" pero que no producen yucas, ages y batatas: "no se dan en las yslas ni Continente yucas ni ages ni batatas por ser de la tierra fria, sinó es mas de docientas leguas de la boca del rio que torna a bolber en el altura de la Provincia de los Patos donde se cria todo lo sobredicho".

La flora y la fauna de las islas

Estas islas "son todas de mucha arboleda, dice, aunque los árboles de poco provecho por que si no son para el fuego y para choças que los yndios haçen para otra cosa no son"; y en seguida agrega que hay muchas palmas, grandes y pequeñas (15, 722).

La fauna está representada por onzas, venados, y carpinchos que llegan desde tierra firme y por garzas, patos, papagayos y loros, "que van de pasada": "en algunas destas yslas, dice, ay onças y tigres que pasan del continente a ellas y muchos venados y puercos de agua aunque no de tan buen sabor como los de España; ay muchas anades, muchas garças que ay yslas de tres y cuatro leguas de largo y mas de una de ancho, que los árboles están llenos dellas, muchos papagayos que van de pasada" (15, 722).

El pescado y la bondad del agua

Las principales pesquerías indias estaban alrededor de las grandes islas: "pescase al rededor dellas, dice, muchos y diversos pescados" (15, 722).

Según Alonso de Santa Cruz, la época de la pesca era especialmente en los meses de verano. Dice que los indios habitaban las islas en esta estación por las "sementerías" y por las "muchas pesquerías, agrega, de muy grandes y buenos pescados". La observación de Santa Cruz, es exacta. La pesca de los "grandes y buenos pescados", se hace en el Paraná en los meses de verano, la época del "pescado de fondo" como llaman ahora los pescadores al surubí (*Pseudoplatystoma coruscans* (Ag)); él mangurullú (*Pseudopimelodus zunigaro* (Humb) E. E.); el dorado (*Salminus brevidens* Cuv.; *Salminus platensis* Holmberg), y el pacú (*Myletes Orbignyanus* C. V.; *Myletes duriventris* Cuv.; *Myletes Mitrei* Berg; y *Methynniss maculata* (Knev.) Berg).

Sobre los pescados del Paraná, dice, además, el "Islario", que "el más común que se pesca en él de que hay mas cantidad es de uno que llaman *quirnibataes* que son como savalos en España y mas sanos y de mejor sabor; ay otros *piraines* que son mucho mas grandes, y bogas y rayas y otras a manera de salmones y otros pequeños de estremado sabor. . ." (15, 722).

Carig-mba-tá y *Pirá-eté* (16, 160), son los nombres que los guaraníes daban al sábalo (*Prochilodus platensis* (Holmberg)).

El "estremado sabor", dice Santa Cruz, de los pescados del Paraná se debe a la bondad de sus aguas, que son, según él, las mejores aguas del mundo. Al referirse a las pesquerías que los indios tenían establecidas alrededor de las islas, dice, que "pescanse alrededor dellas muchos y diversos pescados y los mejores que ay en el mundo que creo yo provenir de la bondad del agua que es aventajada a todas las que yo he visto" (15, 722).

PERO LOPES DE SOUSA

En 1530, zarpó de Lisboa con rumbo al Brasil la expedición portuguesa al mando de Martim Affonso de Sousa,

en cuya compañía se embarcó su hermano Pero Lopes de Sousa.

“Na era de 1530 sábado 3 días do mes de dezembro, dice Pero Lopes de Sousa, partí desta cidade de Lixboa, debaixo da capitania de Martim Affonso de Sousa, meo irmaõ, que ia por capitam de una armada e governador da terra do Brasil” (7, 9).

Pero Lopes, fué el cronista de esta expedición. El códice que contiene su “Diario” fué encabezado por Martim Affonso, quien de su puño y letra le puso el título siguiente: “Navegaçam que fez Pero Lopes de Sousa no descobrimento da costa do Brasil militando na capitania de Martim A^o de Sousa seu irmao; na era de encarnaçam de 1530”.

F. A. de Varnhagen, dirigió una carta a la Dirección de la “Revista do Instituto Histórico é Geográphico do Brasil”, sobre la reimpresión de este “Diario de Viage”, que sirvió de prólogo a la edición que hizo la citada Revista, de este documento; y en 1927, también en Río de Janeiro, se hizo una nueva edición comentada por Eugenio de Castro y con un prefacio de Capistrano de Abreu, con el título siguiente: “Diario de Navegaçao de Pero Lopes de Sousa (De 1530 a 1532)”.

El río

Pero Lopes de Sousa se separó de su hermano en la costa de Brasil y se dirigió hacia el río de la Plata para explorarle.

Encuentra tan grande el caudal de agua, que a pesar de ser dulce, dice que no parece de un río. “A agua ja aqui era toda doce, escribe; mas o mar era tan grande que me nam podía parecer que era rio” (7, 47).

Al llegar a la boca del Guazú, anota: “e achei um rio de mea legoa de largo e de húa bande e d’ outra tudo cheo de arborado” (7, 51).

En el Delta del Paraná, donde “tudo eram braços e

ilhas, antre que andavamos”, dice que no sabe por donde seguir entre esos innumerables brazos del río que se abren y corren entre las islas: “eran tantas as bocas dos rios, escribe, que nam sabia por onde ia” (7, 51).

Encuentra agradable y sabrosa el agua del Paraná: “he mui saborosa”, dice, y agrega que es tan buena y saludable, que cuanto más se la bebe, mejor se la encuentra: “A agoa do rio, escribe, he mui saborosa; pela manhã he quente, e ao meo dia he muito fria; quanta o homen mais bebe, quanto melhor se acha” (7, 54).

Por último, en su entusiasmo frente al espectáculo que ofrece a sus ojos el Paraná, exclama: No se puede decir ni escribir las cosas de este río y las bondades de él y de la tierra que riega. “Nam se podem dizer nem escrever as cousas deste rio, e as bondades delle e da terra” (7, 54).

El pescado

Nunca vió, dice Pero Lopes de Sousa, un pescado más hermoso y más sabroso como el del Paraná: “o pescado o mais fermoso e saboroso que nunca vi” (7, 47).

Cuando llega al estero de los Querandíes, que según algunos autores debe ubicarse en la desembocadura del Arrecifes de la Provincia de Buenos Aires y según otros en la del Arroyo del Medio, que separa las Provincias de Buenos Aires y Santa Fe, pescan tanto pescado, y de tanta variedad y tan bueno, que solo se alimentan con el producto de la pesca, por que, dice, que aunque un hombre coma diez libras, le parecerá que no ha comido nada y se encontrará dispuesto a volver a comer.

“Aquí neste esteiro, escribe, tomamos muito pescado de muitas maneiras; morre tanto neste rio e tam bom. que so com o pescado, sem outra cosa, se podiam manter; ainda que han homen coma 10 livras de peixe, en nas acabando de comer, parece que nam comen nada; e tornara a comer outras tantas” (7, 54).

Las islas

Dice Lope de Sousa, que las islas del Paraná estaban cubiertas de grandes arboledas: “muitas ilhas, dice, todas cheas d' arboredo...” (7, 49); y agrega, que las arboledas se encuentran aún en las islas anegadizas: “As ilhas todas sam cheas d'arboredo; dellas sam alagadiças” (7, 51).

Flora y fauna

Los árboles que crecen en las islas y en la zona de bosques del litoral del Paraná, le parecen al cronista portugués, los más hermosos que ha visto en su vida.

“Aquí achei, dice, hum rio grande; ao longo delle tudo arboredo o mais fermoso que nunca vi” (7, 46).

Los cardos servían también de alimento a los exploradores y los encontraban muy buenos: “e ha cardos, dice, que he mui bom mantenimiento, e que a gente folgaba de comer” (7, 47).

Había una caza abundante y una gran cantidad de venados y avestruces. Dice Lopes de Sousa, que comían huevos y pichones de avestruces y una miel excelente: “na terra, escribe, havia muitos veados e caças que tomavamos, e ovos de emas, e emas pequeninas, que eram muito saborosas; na terra he muita mel, agrega, e muito bom: é echavamos tanto que o nam queríamos” (7, 47).

Al referirse al estero de los Querandíes, dice que había una caza abundante de venados y avestruces, perdices y codornices: “ha muita caça nella, escribe, de veados e emas, e perdizes e codornizes (7, 54).

Las tormentas

Pero Lopes de Sousa describe una tormenta, que les puso en serios aprietos mientras navegaban por el Paraná. Fué una tormenta del noroeste, con truenos y granizo y un vien-

to tan fuerte que los hombres no podían tenerse en pie y que luego viró rápidamente al suroeste, entre una lluvia torrencial y descargas eléctricas.

“Ao por do sol, dice, veo hua trovoada do noroeste, con tanta força de vento e pedra, que nam havia homem, que se tivesse em pé; é de súbito saltou ao sudoeste con muita chuva, relampados, e sempre cuidei de perder o bergantin, segundo o mar era grande. Toda esta noite, agrega, corremos tanta fortuna, quanta homes nunca pasaran. A agua que choveo me molhou o mantimento todo, que nai nam prestou” (7, 46).

Sin embargo, el viento sur, sureste o suroeste, con buen tiempo, les facilitaba la navegación aguas arriba, hasta en las noches de luna: “e o vento era sureste, anota una vez, e o tempo, estava bom, e de noite havia lua” (7, 47).

La bondad de la tierra

Después de pasar aguas arriba por el río de la Plata, más al norte del lugar donde ahora se levanta Montevideo, dice Lopes de Sousa, que bajó a tierra con diez hombres para explorarla. Era una tierra deshabitada, donde los animales se multiplicaban en gran abundancia.

“E eu fui com 10 hômes pela terra veo se achava rasto de gente: nam achei nada; senam rasto de muitas alimarias, e muitas perdizes e codornizes, e outra muita caça. A terra he mais fermosa e aprasivel que eu ja mais cuidei de ver: nam havia homen que se fartasse d’olhar os campos e a fermosura dellos. Aqui achei hum rio grande; ao longo delle tudo arboredo o mais fermoso que nunca vi...” (7, 46).

Esta era, para Lopes de Sousa, la tierra más hermosa del mundo donde no habría un hombre que se cansara de admirar el encanto y apacibilidad de sus llanuras.

Desde la margen derecha del Paraná, quizá en la región comprendida actualmente entre Baradero y San Pedro, (7, 293), Lopes de Sousa contempla la pampa y exalta la

hermosura, de esos campos cubiertos por pastizales que llegan a la altura de un hombre.

“Esta terra dos Carandins, dice, he alta ao longo do rio: e no sartam he toda chãa coberta de feno, que cobre hum homem; ha muita caça nella de veados e emas, e perdizes e codornizes...”. Y en seguida agrega, con todo el entusiasmo que en él despierta la hermosura del paisaje que sus ojos no se cansan de admirar: “he a mais fermosa e mais apazivel que pode ser” (7, 54). Y como para que no se crea que exagera la bondad de la tierra, apela al testimonio de los hombres que le acompañan, aventureros alemanes, italianos y franceses que habían conocido las más remotas tierras de la India y que frente a la pampa que divisaban desde la costa del Paraná, quedaban “pasmados” de su hermosura, y solo pensaban en quedarse para siempre, en aquel ambiente dilatado y apacible.

“Eu trazia connmigo, dice alemaes e italianos, e hômes que foram a Yndia e francezes, todos eram espantados da fermosura desta terra; e andavamos todos pasmados que nos nam lembrava tornar” (7, 54).

Y en estas tierras abiertas a los cuatro vientos, cubiertas de altos pastizales, donde los hombres que habían andado en busca de aventuras por las regiones más remotas y misteriosas del mundo, hubieran querido quedarse para siempre, era tanta la bondad del aire que se respiraba, que según el cronista portugués, la carne y el pescado se conservaba sin sal y por la sola acción del viento, hasta diez o doce días.

Lopes de Sousa, que había visto colgado de las ramadas indias, el charque de venado y el pescado oreado, escribe: “O ar deste rio e tam bom que nenhúa carne, nem pescado apodrece; e na força do veraõ que matavamos veados, e traziamos a carne 10, 12 dias sem sal, e nam fedia” (7, 54).

EL CAPITÁN GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS.
PRIMER CRONISTA DE INDIAS

Oviedo escribe el Libro XXI de su "General y Natural Historia de las Indias, islas y Tierra-Firme del Mar Océano", donde trata del Paraná, en 1548, a los setenta años de edad y después de haber pasado treinta y seis en el Nuevo Continente.

"Yo he andado algo, dice, y asimismo he comunicado estas cosas con hombres que afirman averlas visto" (10, 111).

Su obra fué escrita, según su propio testimonio con el conocimiento directo que tuvo de algunas regiones de América y con las informaciones que le transmitieron cosmógrafos y navegantes, de las que el no pudo recorrer.

Oviedo, no estuvo en el Paraná pero recogió noticias sobre estas regiones, de "personas fidedignas" que las recorrieron y exploraron.

"Pero por que de personas fidedignas, dice, que en este viaje se hallaron é se les da fé, yo fui informado, diré alguna cosa con brevedad de lo que entendí del camino en especial de Alonso de Santa Cruz y del capitán N. de Rojas, que son hombres hijosdalgo, y de otras personas que le vieron" (10, 169).

Johan de Junco, fué otro tripulante de la expedición de Sebastián Caboto que le transmitió también sus observaciones sobre el Paraná; "es hombre de crédito, dice Oviedo, y há muy bien servido a su rey en estas Indias, y trabaxado todo lo posible con su persona, sirviendo a su príncipe y padeciendo y comportando, como varón de buen ánimo, muchas necesidades, como está bueno de considerar; en especial habiendosse hallado en el viaje que la historia ha contado del capitán Sebastián Caboto, donde tantos perdieron las vidas" (10, 184).

La ubicación del río

Oviedo ubica la desembocadura del río de la Plata en el Atlántico, entre el Cabo Blanco, que es el actual Cabo San Antonio, y el Cabo Santa María. La distancia que les separa, según el mismo Oviedo, es de veinte leguas, y advierte que este dato lo ha tomado de las "cartas" y de las personas que exploraron esas regiones.

"Del Cabo Blanco al Sabo Sancta Maria, dice, se corre Nordeste Sudueste, é hay en la latitud o anchura deste embocamiento del rio de la Plata veynte leguas, segund las cartas modernas, é muchos testigos de vista, é personas muy conocidas, é amigos que alli han estado, de quien yo he seydo informado, diçen lo mismo" (10, 113).

Sin embargo, los cosmógrafos no estaban de acuerdo al establecer la anchura del río en su desembocadura en el Atlántico, por eso Oviedo se decide al final, por las medidas que personalmente tomó Alonso de Santa Cruz y que dieron por resultado treinta leguas.

"Assi que yo para mi opinión, dice, tengo por mas çierto que la traviessa de las treynta leguas del embocamiento de cabo a cabo y los grados que pone Sancta Cruz es lo mas çierto" (10, 121).

El nombre del río

Dice Oviedo, que el nombre indígena del río de la Plata era Paraná: "Río Grande de *Paraná*, alias rio de la Plata", dice (10, 113); y agrega más adelante, que antes de llamársele río de la Plata, los españoles le conocían con el nombre de río de Solís. "Y para que esto mas copiosamente se entienda, escribe, es de saber que aqueste grande rio de Paraná, que agora impropriamente llaman de la Plata, primero le decian el rio de *Solis* por que lo descubrió el piloto Johan Diaz de Solis..." (10, 114).

Esto mismo lo repite al tratar de su descubrimiento en

el Capítulo L del Libro XXIII: "El muy famoso e grandissimo rio, que los indios en la parte austral llaman *Paraná* é los christianos le dicen rio de la Plata . . . llamóse primero rio de *Solis*, por que lo descubrió el piloto Jhoan Diaz de Solis" (10, 165).

Según Oviedo el significado de *Paraná*, es "mar" (10, 172).

Su caudal

"Este rio, dice, es cosa grande y muy notable en la cosmographia", (10, 114) y esta misma idea la repite más adelante: "Es muy notable é señalada cosa en la cosmographia" (10, 167).

En el capítulo II del Libro XXIII, antes de referirse a la empresa de Sebastián Caboto, "la relación de la gente é armada que llevó y el camino que hizo, é otras cosas del jaez desta historia", dice, describe el río como una de las cosas más notables del mundo.

"Pero por que la pintura e asiento deste rio, es una de las mas notables cosas del universo, escribe, antes que se diga del subçesso de la gente que este capitán llevó, es bien que se escriban algunas particularidades desta tan famosa ribera" (10, 170).

Este "poderoso rio" como le llama Oviedo, es para él uno de los más caudalosos del mundo. Muchos ríos y arroyos llevan a él sus aguas, "además de otras muchas é grandissimas cantidades, causadas de çelestiales lluvias", dice; y todo este enorme caudal, sigue por el curso del *Paraná* hasta el mar, sin anegar la tierra, lo que para el Primer Cronista de Indias es una maravilla y cosa de espantar.

Refiriéndose a las aguas pluviales y a los afluentes del *Paraná*, dice que como "no çessan de llevar corriendo su agua é curso hasta la mar, sin que della se vea salir alguna ribera o rio ni una gota sola de agua dulce de quanta reçibe, de espantar es como no cresçe é sorbe é anega toda la tierra; é vemos que aunque todas essas aguas en sí las toma,

é que llevan otras muchas é grandissimas cantidades, causadas de celestiales lluvias, guarda los límites de sus costas, sin alterar ni hacer menor la tierra". Y en seguida agrega: "Yo estoy muchas veces maravillado desto, en espeçial considerando este río famosíssimo de la Plata..." (10, 170).

Pero Oviedo, para explicar este fenómeno que ofrece el Paraná, que no se desborda a pesar del caudal de las aguas que recibe, se atiene a una teoría de Plinio, que el mismo expone en seguida.

"Todas las aguas de toda parte van al centro é no caen, por que se firman en las partes inferiores, á tal que no pudiendo estar sin algund humor por si misma la tierra por ser árida é seca, ni el agua, si la tierra no la sostiene, la una a la otra se abraça, é la tierra abre al agua muchas venas y el agua por ellas toda la penetra de fuera é de dentro, é por encima con varias venas é rios, los quales son atamiento que ambos á dos estos dos elementos ayuntan, é no tan solamente no hay peligro de caer de la tierra el agua, mas por la tierra penetrando, sube hasta la cumbre de los montes, donde por el viento empuxada é apremiada del peso de la tierra, brota fuera; é aquesta raçon se muestra por que la mar, por esse continuo curso de tantos rios no cresce" (10, 171).

El pescado

El pescado más abundante del Paraná, es el sábalo, según Oviedo, quien anota sus nombres indígenas: "llámanle los indios *quirmubataes* y es el pescado que mas comen", dice, y luego agrega: "é assi otros pescados que se dicen *priaries*" (10, 177) que según las observaciones que le han transmitido los que les han visto, "son como los sollos de España".

Abundan también, dice Oviedo, las palometas (*Pigocentrus nattereri* (Kneri)), que los indios guaraníes llaman *Taré-ig* = *Pirá-taré-ig* = *Pirá-ig*, y que según Benjamín T. Solari, significa "pescado odioso, o mejor, que odia" (16, 136); las rayas (*Potamotrygon hystrix* (M.) H.) tan grandes co-

mo una adarga, dice, cuyos nombres en guaraní, según el mismo Solari, son *Yabé-big* = *Yacá-be-big* = *Yacá-be-búi* (16, 154) y las bogas (*Leporinus obtusidens* (Val.) C. V.) “que son de quatro é de çinco palmos é de muy exçelente sabor”, dice Oviedo (10, 178).

Según el testimonio de unos compañeros de Don Pedro de Mendoza que Oviedo recoge directamente en la isla Española, y que confirma la fama que el Paraná había adquirido en la época de la Conquista por su buen pescado, había también una especie que los españoles llamaban puercos “por que, dice, eran muy semejantes a puercos en la cabeça y hocico y en lo demás, excepto que no tenían pies sino unos aletones y cola como pescado” (10, 183).

La bondad de la tierra

Pero el Paraná no era solo una “muy notable y señalada cosa” para los cosmógrafos ni solo un río de abundante y exquisito pescado y agua fresca, dulce y sana; ni las regiones que bañaba eran solo el lugar por donde adentrándose, y “calando la tierra”, pudiera llegarse a la posesión de fabulosas riquezas. El aire que se respiraba, la fertilidad del suelo, y la paz de los campos, con sus horizontes abiertos, hicieron de las regiones que bañaba el Paraná y que luego formaron las Provincias del Río de la Plata, uno de los lugares más hermosos de América y adonde querían volver aún los que allí habían pasado sus trabajos y dolores, en los días azarosos y duros de la Conquista.

Dice Oviedo, que los que llegaron a la isla Española y que habían pertenecido a la Armada de Don Pedro de Mendoza, “no obstante sus trabaxos, loaban aquella tierra de muy sana y decían que hay hombres en ella, de mas de ciento é cinquenta años, y muchos de muy buen sujetos y récios; é afirman que, si los chripstianos se murieron fue por faltalles mantenimientos” (10, 182).

AGUSTIN ZAPATA GOLLAN

BIBLIOGRAFIA

1. ANGLERIA PEDRO MÁRTIR [de], [*Décadas Oceánicas*], en JOAQUÍN TORRES ASENSIO, *Fuentes Históricas sobre Colón y América*, Madrid 1892.
2. *Copias de documentos del Archivo de Indias*, existentes en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (*).
3. GANDIA ENRIQUE de, *Historia del Gran Chaco*, Madrid 1929.
4. GARCÍA DIEGO, *Memoria de...*, en EDUARDO MADERO, *Historia del Puerto de Buenos Aires*, Buenos Aires 1902.
5. IRALA DOMINGO de, *Carta de...*, en ULRICH SCHMIDEL, *Viaje al Río de la Plata (1534-1554)*, Buenos Aires 1903.
6. LOZANO PEDRO P., *Descripción Corográfica del Gran Chaco Guaylamba*. Reedición con prólogo e índice por RADAMÉS A. ALTIERI, Tucumán 1941.
7. LOPE DE SOUSA PERO, *Diario de Navegação de...*, (*De 1530 á 1532*) I, Río de Janeiro 1927.
8. MATIENZO JUAN, *Gobierno del Perú*, Buenos Aires 1910.
9. MEDINA J[osé] T[oribio], *Los viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata*, Santiago de Chile 1908.
10. OVIEDO Y VALDÉS, GONZALO FERNÁNDEZ de, *Historia general y natural de las Indias islas y tierra-firme del Mar Océano*, II, Madrid 1852.
11. PIGAFETTA (ANTONIO), *Primer viaje en torno del globo*, Madrid, 1922.
12. RAMÍREZ LUIS, *Carta de...*, en EDUARDO MADERO, *Historia del Puerto de Buenos Aires*, Buenos Aires 1902.
13. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico*, XV, Río de Janeiro 1852.
14. *Revista trimestral do Instituto Geográfico e Etnográfico do Brasil*, XXIV, Río de Janeiro 1861.
15. SANTA CRUZ ALº de, *Yslario general de todas las islas del mundo dirigido a la S. C. R. M. del rey don Phelipe nuestro señor por... su cosmógrafo mayor*, en *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, LXI, Madrid 1918.
16. SOLARI BENJAMÍN T., *Ensayo de filología. Breve vocabulario español-guaraní*, Buenos Aires 1928.
17. TORRE REVELLO JOSÉ, *El catalán Miguel de Rifos, compañero de Sebastián Caboto*, Buenos Aires 1937.
18. VILLALTA FRANCISCO de, *Carta de...*, en ULRICH SCHMIDEL, *Viaje al Río de la Plata (1534-1554)*, Buenos Aires 1903.

(*) El segundo número de la cita corresponde al número de orden del Documento.